

mitch... El buen tiempo ha pasado—añadió con un profundo suspiro.

—¿Buscar á Foma Fomitch? ¿Y dónde está la señora?

—Tiene un síncope; está en su cuarto. Ha perdido el conocimiento y no hace más que llorar.

Mientras hablabamos así, llegamos á la terraza. Casi era de noche. Mi tío se ocupaba en dar largos paseos por la sala en que había tenido lugar mi encuentro con Foma Fomitch. La habitación estaba iluminada con bujías colocadas sobre las mesas. Al verme, se dirigió á mí y me estrechó las manos con fuerza. Estaba pálido; sus manos temblaban, y de vez en cuando un estremecimiento nervioso le recorría todo el cuerpo.



CAPÍTULO IX

VUESTRA EXCELENCIA



Todo ha acabado; ya está echada la suerte—murmuró en tono trágico.

—¿Qué gritos eran esos?

—Gritos de todas clases.

A mi madre le ha dado un ataque y todo está revuelto. Pero me he decidido y haré lo que deba hacer. No temo á nadie, Serioja. Quiero que sepan que tengo voluntad; lo demostraré. Te he mandado buscar para que me ayudes... tengo el corazón destrozado; pero estoy obligado á obrar con implacable severidad. La verdad no perdona.

—¿Pero qué ha ocurrido?

—Me separo de Foma—contestó mi tío con resolución.

—No podía usted hacer nada mejor—

exclamé entusiasmado.—Y por poco que you pueda ayudarle, disponga de mí.

—¡Gracias, gracias! Todo está decidido. Espero á Foma; han ido á buscarle. ¡O él ó yo! Debemos separarnos. O Foma abandona la casa ó yo volveré al Ejército. ¡Va á empezar una vida nueva! ¿Qué haces ahí con ese cuaderno de francés?—gritó á Gavriilo con voz furiosa—¡Fuera eso! ¡quémalol pisotéalol ¡destrózalol Soy yo, tu señor, el que te lo manda y el que te prohíbe aprender francés. No te atreverás á desobedecerme, porque soy yo el señor y no Foma Fomitch.

—¡Gloria á Dios!—murmuró Gavriilo. Evidentemente, mi tío no bromeaba.

—Amigo mío—repuso con tono convencido.—Exígen lo imposible. Serás mi juez. Serás, entre el y yo, como un juez imparcial. No puedes suponer lo que quieren de mí. Es inhumano y malvado... Ya te lo contaré todo más adelante.

—Ya lo sé todo—interrumpí—y adivino. Acabo de hablar con Nastassia Evgraforna.

—Ni una palabra de eso ahora—interrumpió á su vez con precipitación y casi horrorizado. Más tarde te lo contaré todo yo mismo, pero entretanto... Bien; ¿Dónde está Foma Fomitch?—gritó Vidopliassov que entraba en la sala.

El lacayo venía á anunciar que Foma Fomitch «no consentía en presentarse; que consideraba el requerimiento de mi tío demasiado brutal y que estaba ofendido.» Mi tío gritó:

—Tráele, tráele aquí, por la fuerza. Arrástrale.

Vidopliassov, que nunca había visto á su señor en semejante transporte de cólera, se retiró asustado.

«Es preciso que ocurra algo muy grave—me decía—para que un hombre de su carácter llegue á ese punto de irritación y se encuentre con fuerzas para tales resoluciones.»

Durante algunos minutos mi tío se entregó de nuevo á sus paseos por la sala. Parecía en lucha consigo mismo.

—No rompas el cuaderno—dijo por fin á Gavriilo;—espera y quédate aquí. Acaso te necesite.—Después, dirigiéndose á mí:—Temo haberme alborotado demasiado.—Deben hacerse las cosas con dignidad, con valor, pero sin gritos, sin insultos. Dime, Serioja ¿no crees preferible alejarte un momento? A tí te será igual. Ya te contaré luego lo que haya ocurrido. ¿Qué te parece? Hazlo por mí.

Le miré fijamente y le dije:

—¿Tío, tiene usted miedo? ¿Siente usted remordimiento?

—No, no tengo remordimiento—excla-

mó con rapidez.—Ya no temo nada. Mi resolución es firme. No sabes, no puedes imaginarte á qué acaban de obligarme. ¿Podía acaso ceder? No, y ya lo demostraré. Me he rebelado. Era necesario que llegase el día en que pudiera demostrarles que soy un hombre enérgico. Pero siento haberte llamado. A Foma le disgustará que presencias su humillación. Quería echarle de una manera delicada sin que se le rebajase. Pero todo esto es una manera de hablar; por mucho que endulce las palabras su humillación no será menor. Soy áspero y estoy poco educado; pueden escapárseme palabras que después sería yo el primero en lamentar. Además tengo que reconocer que, en ocasiones, ha sido bueno conmigo... Vete... Ya le traen; ya le traen. Véte Serioja, te lo suplico. Te lo contaré todo. Por Dios, véte.

Y mi tío me condujo hacia la terraza por la que en el mismo momento hacía Foma su entrada. Debo confesar que no me marché. Me decidí á permanecer oculto. El sitio estaba obscuro, nadie podía verme. Quise escuchar. No pretendo disculparme, pero digo en voz alta que fué la mía una hazaña heroica, cuando pienso que escuché tales cosas durante más de media hora, sin perder la paciencia. Desde donde yo estaba lo veía y oía todo.

Ahora imagináos á un hombre á quien se ha llamado bajo pena de emplear la fuerza para conducirle en caso de negativa.

—¿Han podido escuchar mis oídos semejante amenaza, coronel?—dijo con voz sollozante al entrar.—¿Fué la orden de usted la que me transmitieron?

—Si, han podido escuchar eso tus oídos, Foma; tranquilízate—dijo mi tío valerosamente.—Siéntate y hablemos con seriedad, amistosamente, fraternalmente. Siéntate, Foma.

Foma Fomitch se sentó solemnemente en un sillón. Mi tío empezó á pasear por la habitación con pasos precipitados é irregulares, sin saber evidentemente por donde empezar.

—Como hermanos—repitió.—Lo comprenderás bien, Foma; ni tú ni yo somos ya unos niños; en una palabra, somos dos hombres mayores de edad... bueno. Ya ves, Foma, hay entre nosotros, en algunos puntos, ciertas diferencias. ¿No crees que sería mejor separarnos? Estoy convencido de la nobleza de tu corazón de que me deseas todo el bien posible y por eso... Pero basta de palabras supérfluas. Foma, yo soy tu amigo de toda la vida y te lo juro por todos los Santos. Aquí tienes 15.000 rublos; es todo el todo el dinero que poseo; he arañado hasta lo último y no va-

cilo perjudicar á los míos. Tómalos sin temor; mi deber es asegurarte la vida. Tómalos; tú en cambio no me debes nada, porque jamás podría pagarte todo lo que has hecho por mí; yo lo reconozco aunque no nos entendamos ahora en una cuestión capital. Mañana, pasado mañana, cuando quieras nos separaremos. Vete á nuestro pueblecito, á diez verstas. En la primera calle detrás de la iglesia, encontrarás una casita con las ventanas verdes; es de la viuda de un pope; parece hecha para ti. Esa señora no pondrá dificultades para venderla y yo la compraré para regalártela. Tú te instalarás en la casita esa y estarás cerca de nosotros; podrás consagrarte á la literatura, á las ciencias; alcanzarás fama. Las gentes de la población son personas nobles, afales, desinteresadas; el pope es un sabio. Tú vendrás á vernos los días de fiesta y viviremos todos felices. ¿Quieres?

—¿Así es como quería echar á Foma? —me dije.—No me había dicho nada del dinero.

Se hizo un largo y profundo silencio; en su sillón Foma parecía aterrado é inmóvil; miraba á mi tío, que á su vez estaba aturdido por aquel silencio y aquella mirada.

—¡Dinero!—murmuró por fin con voz

débil.—¿Dónde está ese dinero? Démelo; pronto.

—Aquí está, Foma—dijo mi tío;—son los últimos recursos; todo lo que tenía. Aquí está.

—¡Gavriilo! Toma ese dinero para tí—dijo Foma con gran dulzura.—Podrá ser útil á tu vejez. Pero, no—gritó de pronto poniéndose precipitadamente de pie.—No. Dámelo, Gavriilo, dámelo. Dame esos millones para que yo los pisotee y los despedace y los escupa y los tire y los desprecie... ¡Ofrecerme dinero á mí! ¡Se compra mi deserción de esta casa! ¿Soy yo el que oye tales cosas? ¿Es á mí á quien se inflige este último oprobio? Aquí están sus millones. Mire, aquí están. Esto hace Foma Opiskine si no lo sabía aún usted, coronel.

Foma esparció los billetes por la habitación. Es de advertir que no los rompió ni los pisoteó ni los escupió, como se había vanagloriado de hacer. Se limitó á tirarlos al suelo, no sin ciertas precauciones. Gavriilo se precipitó para recoger el dinero, que devolvió á su señor, cuando Foma hubo partido.

Aquel alarde de Foma tuvo la virtud de asombrar á mi tío. Ahora era él el que estaba inmóvil, asustado, boquiabierto, ante el parásito que se había vuelto á dejar caer en el sillón, respirando fatigosamente como

si fuese víctima de la emoción más penosa.

—Eres un ser sublime, Foma—exclamó, por fin, mi tío, recobrándose.—Eres el más noble de los hombres.

—Ya lo sé—contestó Foma con voz débil, pero con dignidad.

—Foma, perdóname. Reconozco que me he portado contigo cobardemente.

—Sí, cobardemente—confirmó Foma.

—Foma, no es la nobleza de tu alma lo que me sorprende—prosiguió mi tío—si no el que haya podido estar tan ciego, tan brutal, tan cobarde para atreverme á ofrecerte este dinero. Pero te engañas, Foma; no pretendía comprarte; no era que te pagase para que te fueras. Quería sencillamente asegurarte algunos recursos para que no quedases en la miseria al separarte de nosotros. Te lo juro. Estoy dispuesto á pedirte perdón de rodillas, de rodillas, Foma; me arrodillaré á tus pies á poco que lo desees.

—No, no necesito de sus genuflexiones, coronel.

—Por Dios, Foma, piensa que estaba fuera de mí, enloquecido... Dime cómo podré borrar este insulto. Vamos, dímelo.

—No hace falta nada, Coronel. Y esté usted seguro de que mañana sacudiré el polvo de mis sandalias en el umbral de esta casa.

Se dispuso á levantarse. Mi tío horrorizado se precipitó sobre él y le hizo sentarse á la fuerza.

—No, Foma, no te irás, te lo aseguro—gritaba.—No vuelvas á hablar de polvo ni de sandalias, Foma. No te irás de aquí y si te fueses yo te seguiría hasta el fin del mundo, para merecer tu perdón. Te juro, Foma, que lo haría.

—¿Perdonarle á usted? ¿Es usted culpable?—dijo Foma.—Pero ¿comprende usted su falta? ¿Comprende usted que ya era culpable por haberme dado de comer? ¿Comprende usted, en este momento, que acaba de envenenar todos los bocados que he podido comer en su casa? Acaba usted de echármelo en cara; acaba usted de hacerme sentir que he vivido aquí como un esclavo, como un lacayo, que estaba debajo de las suelas de sus zapatos de charol. ¡Yo que con todo el candor de mi alma me imaginaba estar en esta casa como su amigo, su hermano! ¿No fué usted mismo quien me hizo creer en esa fraternidad? Entretanto usted tejía en la sombra la tela en que me he dejado coger. Iba usted abriendo tenebrosamente el abismo por el que me ha arrojado. ¿Por qué no me ha matado usted desde luego con el palo de una azada? ¿Por qué no me ha retorcido usted el pescuezo como á una gallina que ya no pone huevos? Sí, es

eso mismo. Es justa la comparación, Coronel, aunque sea tomada de la vida de los campos y evoque la literatura más trivial; es justa porque demuestra lo absurdo de sus acusaciones; yo soy tan culpable hacia usted como esa gallina que ya no es útil á su dueño. ¿Es así como se paga á un amigo, á un hermano? ¿Y por qué quería usted comprarme? ¿por qué? «¡Ten, querido hermano, eres mi acreedor, me has salvado la vida; toma estos dineros de Judas pero aléjate de mi vista!» ¡Qué sencillo es eso! ¡Qué brutal! Usted se figura que yo ambicionaba su dinero cuando solo alimentaba pensamientos seráficos para conseguir su felicidad. ¡Me ha destrozado usted el corazón! Ha jugado usted con mis sentimientos más puros como un niño con su sonajero. Hacía mucho tiempo que prevenía esta injuria y por eso hace mucho tiempo también que se me atraganta el pan que como. No, Coronel, sea usted muy feliz y deje á Foma seguir con un saco al hombro su doloroso calvario. Mi decisión es irrevocable, Coronel.

—No, Foma, no. No será así, no puede ser así—gimió mi tío rendido.

—Será así, Coronel, debe ser así; parto mañana Distribuya usted su dinero; siembre usted con él todo mi camino hasta Moscou; iré pisando sobre él con

orgullosa desprecio. Estos pies que usted vé, Coronel, pisotearán, aplastarán, enlodarán sus billetes de banco y Foma Fomitch se alimentará exclusivamente de la nobleza de su alma. La prueba está hecha; ya no me queda más que decirle, adiós. Adiós, Coronel.

Iba á ponerse en pie.

—Perdón, Foma, perdón. No pienses más en eso—dijo mi tío suplicante.

—¿Perdón? ¿Qué necesidad tiene usted de mi perdón? Admitamos que le perdono; soy cristiano y no puedo dejar de perdonar; casi he perdonado. Pero, piénselo usted mismo. ¿Tendría sentido común, sería digno de mí el quedarme aunque no fuese más que un momento en esta casa de la que me ha echado usted?

—Te aseguro, Foma, que eso sería lo conveniente.

—¿Conveniente? ¿Es que somos iguales? ¿Es que no comprende usted que no comprende usted que acabo de aplastarle con mi generosidad y que su miserable conducta le ha reducido á la nada? Usted está en el suelo y yo me remonto en el aire. ¿Dónde está la igualdad? ¿Es posible la amistad sin la igualdad? Lo digo sollozando y no triunfalmente como podría usted suponer.

—Yo también lloro, Foma; te lo juro.

—[Este es el hombre—repuso Foma—por el que yo he pasado tantas noches en vela! ¡Cuántas veces en mis insomnios me levantaba pensando: «ahora él duerme tranquilamente confiado en tu vigilancia. Tú, Foma, debes velar por él; acaso encuentres los medios para lograr la felicidad de este hombre!» Eso es lo que se decía Foma durante sus insomnios, Coronel. ¡Y ya hemos visto cómo se le agradece!

—¡Pero sabré de nuevo merecer tu amistad, Foma!

—¿Merecer mi amistad? ¿Y qué garantía me ofrece usted? Porque soy cristiano le perdonaré y llegaré hasta quererle; pero como hombre de corazón ¿podré contener mi desprecio? La moral me prohíbe obrar de otro modo porque, se lo repito, usted se ha envilecido mientras que yo me conducía con nobleza. A ver, ¿cuál de los suyos sería capaz de un acto semejante? ¿Quién rechazaría esa cantidad que ha rechazado, sin embargo, el miserable Foma, este Foma, despreciado por su tendencia á la grandeza de alma? No, Coronel; tendría usted que hacer muchas cosas para igualarme. Pero ¿de qué acción noble puede ser capaz el que no acierta á tratarme de usted como á su igual y me tutea como á un criado?

—Pero, Foma, yo te tuteaba por amis-

tad. No sabía que pudiese desagradarte. ¡Si hubiese podido saberlo!

—Usted—continuó—que no ha podido, ó mejor, que no ha querido acceder á una de mis más insignificantes peticiones, á una de las más fútiles peticiones, cuando le rogué que me diese tratamiento de Excelencia.

—Pero, Foma, eso era un verdadero atentado contra la gerarquía.

—Tal es la frase que ha aprendido usted de memoria y que repite como un loro. ¿No comprenden de usted que me ha humillado, que me ha afrentado con esa negativa? Me ha ridiculizado usted, como si fuese yo un viejo chiflado en acecho de la casa de locos. ¿No sé yo mismo que hubiese sido ridículo ese tratamiento, yo que desprecio todos los grados, todas las grandezas de la tierra sin valor intrínseco si no las acompaña la virtud? Sin virtud, ni por un millón aceptaría el grado de general. Pero usted me tomó por un loco cuando era por su bien por lo que sacrificaba mi amor propio permitiendo que *usted* y *sus sabios* pudieran tomarme por un demente. Solo era por aclarar su razón, por desarrollar sus sentimientos de moral, por envolverle en rayos de luz nueva, por lo que exigía aquél tratamiento. Quería llegar á convencerle de que no son forzosamente los generales

los más esplendentes astros del mundo; quería probarle que un título no es nada sin la grandeza del alma y que no había motivo para regocijarse tanto por la visita del General cuando acaso brillasen cerca de usted las verdaderas virtudes. Pero usted está tan envanecido de su título de Coronel que le parecía violento darme á mi tratamiento de general. Esa es la causa de su negativa y no su temor á que se atentase contra la jerarquía. Todo esto procede de que usted es Coronel y yo nada más que Foma.

—No, Foma, no; te aseguro que te engañas. Tú eres un sabio y no simplemente Foma... ¡Tengo por tí la mayor estimación!

—¡Me estima usted! ¡Muy bien! Pues dígame usted, si soy ó no, según su juicio, digno del tratamiento de Excelencia. Contésteme con claridad y con rapidez. ¿Lo soy ó no? Quiero darme cuenta de su grado de inteligencia y de su espíritu.

—Por tu honradez, por tu desinterés, por tu grandeza de alma, lo eres—proclamó mi tío con orgullo.

—Entonces, si lo soy, ¿por qué no quiere usted llamarme Vuestra Excelencia?

—Foma, lo haré si te empeñas.

—¡Lo exijo! ¡Lo exijo, Coronel! Insisto

y lo exijo precisamente porque veo el trabajo que le cuesta hacerlo. Este sacrificio será el comienzo de los actos que tendrá usted que realizar para igualarme. Solo cuando haya podido vencerse á sí mismo podré creer en su sinceridad...

—Desde mañana lo haré.

—No, mañana no, Coronel. Ha de ser desde ahora mismo.

—Bien, Foma, estoy dispuesto... Pero ¿cómo decirlo así, de repente?

—¿Por qué? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Le dá á usted vergüenza? Eso es para mí un insulto.

—Sí, Foma, estoy dispuesto... y me sentiré orgulloso de hacerlo, pero ¿cómo voy á decirte de pronto: «buenos días, Excelencia»? Es muy difícil.

—Esa frase sería insultante; tendría el aspecto de una burla, de una farsa que no podría tolerar. Se lo ruego, Coronel, adopte usted otro tono.

—Pero, Foma, ¿no te burlas?

—En primer lugar no soy *tú*, Yegor Ilitch, sino *usted*; en segundo término, no soy Foma, sino Foma Fomitch; no lo olvide.

—Te juro, Foma Fomitch, que estoy lleno de la mejor voluntad y dispuesto de todo corazón á satisfacer tus deseos... Pero ¿qué debo decir?

—¿Se le hace á usted difícil construir

las frases con «Vuestra Excelencia»? Eso se concibe y debió usted de haberlo dicho antes. Es excusable sobre todo cuando no se es un *escritor*, y lo digo digo así para expresarme con delicadeza. Le ayudaré; diga usted conmigo: «Vuestra Excelencia...»

—Bien: «Vuestra Excelencia...»

—No, más sencillamente; con otro tono. Supongo también que no se disgustará usted si le propongo que se incline ligeramete al pronunciar esas palabras en señal de respeto y de deseo de tener en cuenta todas las observaciones. He alternado frecuentemente con generales, y conozco bien todos esos matices. Vamos á ver: «Vuestra Excelencia...»

—«Vuestra Excelencia...»

—«Cuanto me satisface el tener ocasión de presentarle mis excusas por haber comprendido tan mal el alma de Su Excelencia. Le aseguro que procuraré con todas mis fuerzas contribuir en lo sucesivo á la felicidad de todos...» Basta con eso.

Mi pobre tío se vió en la necesidad de repetir aquel galimatías, frase por frase, palabra por palabra. Yo me ruborizaba como un culpable; me ahogaba la ira.

—Veamos—inquirió el [verdugo—¿no

siente usted ahora en su corazón una especie de alegría, como si hubiese bajado á él un ángel? Conteste: ¿siente usted la presencia de un arcángel?

—Sí, Foma, experimento una gran alegría—contestó mi tío.

—Se ha vencido usted, y sentirá usted su corazón como bañado en los santos óleos.

—Sí Foma, como si lo invadiesen los óleos.

—Desde este momento sabrá usted lo que es haber cumplido con un deber. ¡Luche usted siempre consigo mismo! Tiene usted demasiado amor propio. Su orgullo es excesivo.

—Sí, ya lo sé, Foma—suspiraba mi tío.

—Es usted un egoísta, un terrible egoísta.

—Sí, Foma, desde que te conozco sé que soy un gran egoísta.

—Le hablo en este instante igual que podría hacerlo un padre, ó una madre llena de ternura... Nos desanima usted á todos, y usted mismo olvida las dulzuras de las caricias.

—Tienes razón, Foma.

—Rechaza usted, en su grosería, de un modo tan brutal los corazones, y solicita la atención de una manera tan presuntuosa que sería usted capaz de echar á cualquiera que se sintiese bas-

tante delicado al otro extremo del mundo.

Mi tío suspiró de nuevo.

—Debe usted ser más blando, y poner mayor atención en los demás y darles más pruebas de afecto; debe usted pensar más en los otros que en usted mismo y ese es el modo de no ser olvidado: vivir, pero dejar que vivan en paz los otros; tal es mi lema. Sufrir, trabajar, rogar, esperar: he ahí las reglas de conducta que me gustaría poder inculcar á la humanidad entera. Si las sigue usted, yo seré el primero en abrirle mi corazón y en llorar, si fuese preciso, sobre su pecho. Mientras que vivir uno para sí solo, es fatigoso á la postre.

—¡Hombre de buenas palabras!—dijo devotamente Gabrilo.

—Todo eso es cierto, Foma; siento que todo ello es verdad—confirmó emocionado mi tío.—Pero no es mía la culpa en absoluto; me han educado así; he vivido siempre entre soldados. Te juro, Foma, que antes yo era muy sensible. Cuando me despedí del regimiento, los húsares todos, toda la brigada, lloraban. Aseguraban que no volverían á ver nunca junto á ellos un hombre como era yo entonces... Supuse que no era completamente malo.

—Otro rasgo de egoísmo. Otra vez le sorprende en un flagrante delito

de exasperado amor propio. Se vanagloria usted y se adorna con las lágrimas de aquellos húsares. ¿Me ve usted á mí alguna vez hacer exhibición de las lágrimas de nadie? Y, sin embargo, podría hacerlo; también yo podría envanecerme de igual modo.

—Se me ha escapado, Foma; no he podido contenerme, al recuerdo del bello tiempo pasado.

—El buen tiempo, no nos cae del cielo; lo hacemos nosotros mismos; está en nuestro corazón, Yegor Ilitch. ¿Por qué estoy yo siempre contento, tranquilo, alegre, á despecho de mis desdichas? ¿Por qué no importuno á nadie, con excepción de los imbéciles, los sabios, á quienes no libro ni libraré nunca de mis ataques? ¿Qué sabios son esos? «¡Un hombre de ciencia!». Pero en él la ciencia es una engañifa, no una ciencia. ¿Qué decía antes? Que venga, que vengan todos los sabios. Estoy en disposición de confundirlos á todos; de destruir todas sus doctrinas. En cuanto á su nobleza de sentimientos, ni siquiera merece que hable de ella...

—Seguramente, Foma, seguramente; nadie lo duda.

—Hace un rato, he dado pruebas de inteligencia, de ingenio, de colosal erudición literaria, del más profundo conocimiento del corazón humano, he de-

mostrado, en un brillante desarrollo del tema, cómo el tal Kamarinski podía dar ocasión á una conversación elevada, en boca de un hombre de talento. ¿Quién ha sabido apreciar todo eso? No, todos se apartaban de mí. Estoy seguro de que le ha dicho á usted, que no sé nada. Y, sin embargo, no se percató de que tenía ante sí á un Maquiavelo, á un Mercadante, cuyo único defecto consistía en su pobreza, en lo desconocido de su genio... No; eso es imperdonable... También he oído hablar de un tal Korovkine. ¿Qué clase de hombre es ese otro?

—Foma, es un hombre de talento y de ciencia; le espero... Ese sí que es un verdadero sabio.

—¡Hum! Ya me imagino á una especie de Aliboron moderno inclinado al peso de los libros. Esas gentes carecen de corazón, coronel, no tienen corazón. ¿Y qué es la instrucción sin la virtud?

—No, Foma, no; ¡si le hubieses oído hablar de la dicha conyugal! ¡sus palabras llegaban al corazón, Foma!

—¡Hum! Ya lo veremos. Le examinaremos al tal Korovkine. Pero, basta ya —concluyó levantándose.—No acertaría á concederle un perdón total, coronel, porque el ultraje fué sangriento. Pero voy á hacer oración y acaso Dios haga descender la paz sobre mi alma ofendi-

da. Ya volveremos á hablar mañana. Por el momento, permítame que me retire. Estoy muy fatigado, me siento débil.

—¡Ah, Foma!—exclamó vivamente mi tío.—Debes estar rendido. ¿Quieres comer algo para reponerte? Avisaré.

—¿Comer? ¿Comer?—contestó Foma como una risa de desprecio.—¡Después de hacerte beber un cáliz envenenado, te preguntan si tienes hambre! ¿Es que se curan las llagas del corazón con golosinas? ¡Es usted un pobre materialista, coronel!

—Foma, te aseguro que te lo ofrecía con la mejor intención.

—Bueno, echémoslo al olvido. Pero ahora usted, vaya á echarse á los pies de su madre y procure obtener su perdón con lágrimas y sollozos; ese es su deber.

—¡Ah, Foma, ni un momento, durante nuestra conversación, he dejado de pensar en hacerlo; mientras te hablaba ahora, lo pensaba! Estoy dispuesto á permanecer ante ella de rodillas hasta el amanecer. Pero piensa, Foma, en lo que exigen de mí. ¡Es injusto y cruel! Ten un poco de generosidad y me harás feliz; reflexiona, decide y entonces... entonces... te juro...

—No, Yegor Ilitch, no; eso no es cosa mía—contestó Foma—ya sabe usted

bien que yo no he querido mezclarme en eso. Sé que está usted convencido de que yo soy la causa de todo, aunque he procurado estar apartado de ese asunto, desde el principio. Ello depende exclusivamente de la voluntad de su madre, que solo desea su felicidad. Vaya usted junto á ella, y repare con su obediencia el mal que ha hecho... Es preciso que su furia pare antes de ponerse el sol. Yo rezaré toda la noche por usted. Hace ya mucho tiempo que no sé lo que es el sueño, Yegor Ilitch. Adiós. También á tí te perdono—añadió volviéndose hacia Gavrilo—sé que no has obrado en la plenitud de tus facultades. Perdóname si te he ofendido... Adiós, adiós y que el Señor os bendiga.

Foma salió. Me precipité inmediatamente en la sala.

—¿Nos escuchabas?—gritó mi tío.

—Sí, tío, les escuchaba. ¡Y pensar que ha podido usted llamarle Su Excelencia!

—¿Y qué otro remedio había? Y me siento satisfecho. ¿Qué es eso junto á su acción sublime? ¿Qué corazón el suyo, todo nobleza y desinterés! ¿Qué grande hombre! Sergio, ya lo has oído... ¿Cómo se me ha ocurrido á mí ofrecerle dinero? No acierto á darme cuenta de tal cosa. La ira me había cegado; no le comprendía; le había hecho víctima de mis sospechas; le acusaba... Pero no; veo

claramente ahora que no podía ser mi enemigo. ¿Has visto la nobleza de su expresión al rechazar el dinero?

—Perfectamente, tío. Puede usted sentirse todo lo satisfecho que quiera. En lo que á mí respecta, me voy; no tengo paciencia suficiente para esto. Se lo pregunto por última vez: ¿qué quiere usted de mí? ¿Por qué me ha llamado? Si todo está resuelto y no me necesita usted más, quiero marcharme. No soy capaz de soportar espectáculos semejantes. Hoy mismo me iré.

—Por favor—dijo mi tío, con su agitación acostumbrada,—espera siquiera unos minutos. Voy á la habitación de mi madre para tratar de un asunto importantísimo. Tú entre tanto véte á tu cuarto; Gavrilo te acompañará, es en el pabellón de verano, en el jardín. Voy á pedirle perdón á mi madre; me decidiré á adoptar una resolución—ya sé cual,—y volveré en seguida á contártelo todo y te abriré mi corazón... Y... acabaremos por ser felices. Dos minutos, Sergio, nada más que dos minutos.

Me estrechó la mano y salió precipitadamente. Yo no tenía más que seguir á Gavrilo.